

en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulzura del mundo. Las noches cantaban algunos pajaritos suavemente, los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España. Vieron muchos almácigos y linaloe, y algodones: oro no hallaron, y no es maravilla en tan poco tiempo no se halle. Tomó aquí el Almirante experiencia de qué horas era el día y la noche, y de sol á sol; halló que pasaron 20 ampolletas que son de á media hora, aunque dice que allí puede haber defecto, porque ó no la vuelven tan presto ó deja de pasar algo. Dice tambien que halló por el cuadrante que estaba de la línea equinoccial 34 grados (1).

Viernes 14 de Diciembre.

Salió de aquel *Puerto de la Concepcion* con terral, y luego desde á poco calmó, y así lo experimentó cada día de los que por allí estuvo. Despues vino viento Levante; navegó con él al Nornordeste, llegó á la Isla de la Tortuga, vido una punta della que llamó la *Punta Pierna*, que estaba al Lesuordeste de la cabeza de la isla, y habria 12 millas, y de allí descubrió otra punta que llamó la *Punta Lanzada*, en la misma derrota del Nordeste, que habria 16 millas. Y así desde la cabeza de la *Tortuga* hasta la *Punta Aguda*, habria 44 millas, que son 11 leguas al Lesnordeste. En aquel camino habia algunos pedazos de playa grandes. Esta isla de la Tortuga es tierra muy alta, pero no montañosa, y es muy hermosa y muy poblada de gente como la de la Isla Española, y la tierra así toda labrada, que parecia ver la campiña de Córdoba. Visto quel viento le era contrario, y no podía ir á la isla Baneque (2), acordó tornarse al *Puerto de la Concepcion*, de donde habia salido, y no pudo cobrar un río que está de la parte del Leste del dicho puerto dos leguas.

Sábado 15 de Diciembre.

Salió del *Puerto de la Concepcion* otra vez para su camino, pero en saliendo del puerto ventó Leste recio su contrario, y tomó la vuelta de la Tortuga hasta ella, y de allí dió vuelta para ver aquel río que ayer quisiera ver y tomar y no pudo, y desta vuelta tampoco lo pudo tomar, aunque surgió media legua de sotaviento en una playa, buen surgidero y limpio. Amarrados sus navios fué con las barcas á ver el río, y entró por un brazo de mar que está ántes de media legua, y no era la boca: volvió y halló la boca que no tenía aun una braza y venia muy

(1) Hay error en este número, pues debe ser 20 grados.

(2) Otras veces dice *Baneque*.

recio: entró con las barcas por él para llegar á las poblaciones que los que antier habia enviado habian visto, y mandó echar la sirga en tierra, y tirando los marineros della subieron las barcas dos tiros de lombarda y no pudo andar más por la reciura del corriente del río. Vido algunas casas y el valle grande donde están las poblaciones, y dijo que otra cosa más hermosa no habia visto. por medio del cual valle viene aquel río. Vido tambien gente á la entrada del río, mas todos dieron á huir. Dice más, que aquella gente debe ser muy cazada, pues vive con tanto temor, porque en llegando que llegan á cualquiera parte, luego hacen ahumadas de las atalayas por toda la tierra, y esto más en esta *Isla Española* y en la *Tortuga*, que tambien es grande isla, que en las otras que atrás dejaba. Puso nombre al valle, *Valle del Paraiso*, y al río *Guadalquivir*, porque diz que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y á las veras ó riberas del playa de piedras muy hermosas, y todo andables.

Domingo 16 de Diciembre.

A la media noche con el venteruelo de tierra dió las velas por salir de aquel golfo, y viniendo del bordo de la *Isla Española* yendo á la bolina, porque luego á hora de terciá ventó Leste; á medio golfo halló una canoa con un indio solo en ella, de que se maravillaba el Almirante cómo se podía tener sobre el agua siendo el viento grande. Hizolo meter en la nao á él y á su canoa, y halagado dióle cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de laton, y llevólo en la nao hasta tierra á una poblacion (1) que estaba de allí 16 millas junto á la mar, donde surgió el Almirante y halló buen surgidero en la playa junto á la poblacion, que parecia ser de nuevo hecha, porque todas las casas eran nuevas. El indio fuese luego con su canoa á tierra, y da nuevas del Almirante y de los cristianos, por ser buena gente, puesto que ya las tenían por lo pasado de las otras donde habian ido los seis cristianos, y luego vinieron más de 500 hombres, y desde á poco vino el Rey dellos, todos en la playa juntos á los navios por que estaban surgidos muy cerca de tierra. Luego uno á uno, y muchos á muchos, venian á la nao sin traer consigo cosa alguna, puesto que algunos traian algunos granos de oro finísimo en las orejas y en la nariz, el cual luego daban de buena gana. Mandó hacer honra á todos el Almirante, y dice él *porque son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo que tengo mucha esperanza en nuestro Señor que vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo*. Vido tambien quel dicho Rey estaba en la playa, que todos le hacian acatamiento. Envióle un pre-

(1) *Puerto de Paz*.

sente el Almirante, el cual diz que rescibió con mucho estado, y que sería mozo de hasta 21 años, y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que le aconsejaban y respondían, y quel hablaba muy pocas palabras. Uno de los indios que traía el Almirante habló con él, le dijo que como venían los cristianos del cielo, y que andaba en busca de oro, y quería ir á la *Isla de Baneque*: y él respondió que bien era, y que en la dicha isla había mucho oro, el cual amostró al alguacil del Almirante que le llevó el presente, el camino que había de llevar, y que en dos días iría de allí á ella, y que si de su tierra habían menester algo lo daría de muy buena voluntad. Este Rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algun empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España, por questa tierra es harto fría y la mejor que lengua pueda decir: es muy alta, y sobre el mayor monte podrian arar bueyes, y hecha toda á campiñas y valles. En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar á ella en hermosura y bondad. Toda esta isla y la de la Tortuga son todas labradas como la campiña de Córdoba. Tienen sembrado en ellas *ajes*, que son unos ramillos que plantan, y al pié de ellos nacen unas raíces como zanahorias, que sirven por pan, y rallan y amasan y hacen pan dellas, y despues tornan á plantar el mismo ramillo en otra parte y torna á dar cuatro ó cinco de aquellas raíces, que son muy sabrosas, propio gusto de castañas. Aquí las hay las más gordas y buenas que había visto en ninguna parte, porque tambien diz que de aquellas había en Guinea. Las de aquel lugar eran tan gordas como la pierna, y aquella gente todos diz que eran gordos y valientes y no flacos como los otros que ántes había hallado, y de muy dulce conversacion, sin secta. Y los árboles de allí diz que eran tan viciosos que las hojas dejaban de ser verdes y eran prietas de verdura. Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos y buenas aguas, y las tierras para pan, para ganado de toda suerte, de que ellos no tienen alguna, para huertas y para todas las cosas del mundo quel hombre sepa pedir. Despues á la tarde vino el Rey á la nao: el Almirante le hizo la honra que debía, y le hizo decir como era de los Reyes de Castilla, los cuales eran los mayores Príncipes del mundo. Mas ni los indios quel Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el Rey tampoco, sino creían que venían del cielo, y que los reinos de los Reyes de Castilla eran en el cielo, y no en este mundo. Pusiéronle de comer al Rey de las cosas de Castilla, y él comía un bocado y despues dábalo todo á sus consejeros y al ayo, y á los demás que metió consigo. «Crean vuestras Altezas estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y »en especial estas desta *Isla Española*, que no hay persona que lo sepa decir, y »nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean questa isla y todas las otras son así »suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que

»quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría »todas estas islas sin afrenta, que ya he visto sólo tres destos marineros descender »en tierra, y haber multitud destos indios y todos huir, sin que les quisiesen hacer »mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningun ingenio en las »armas y muy cobardes, que 1,000 no aguardarian tres, y así son buenos para les »mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester, y »que hagan villas, y se enseñen á andar vestidos y á nuestras costumbres.

Lunes 17 de Diciembre.

Ventó aquella noche reciamente, viento Lesnordeste; no se alteró mucho la mar porque lo estorba y escuda la *Isla de la Tortuga* questá frontera y hace abrigo: así estuvo allí aqueste día. Envió á pescar los marineros con redes: holgándose mucho con los cristianos los indios, y trujéronle ciertas flechas de los de Caniba ó de los canibales, y son de las espigas de cañas, y exigiéronles unos palillos tostados y agudos y son muy largos. Mostráronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo, y hiciéronles entender que los canibales los habían comido á bocados: el Almirante no lo creyó. Tornó á enviar ciertos cristianos á la poblacion, y á trueque de contezuelas de vidrio rescataron algunos pedazos de oro labrado en hoja delgada. Vieron á uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia que llamaban *Cacique*, un pedazo tan grande como la mano de aquella hoja de oro y parecia que lo quería resgatar; el cual se fué á su casa, y los otros quedaron en la plaza, y él hacia hacer pedazuelos de aquella pieza, y trayendo cada vez un pedazuelo resgatábalo. Despues que no hubo más dijo por señas quel había enviado por más que otro día lo traerian. Estas cosas todos y la manera dellos y sus costumbres y mansedumbres y consejo, muestra ser gente más despierta y entendida que otros que hasta allí hobiese hallado dice el Almirante. En la tarde vino allí una canoa de la *Isla de la Tortuga* con bien 40 hombres, y en llegando á la playa toda la gente del pueblo questaba junta se asentaron todos en señal de paz, y algunos de la canoa, y cuasi todos descendieron en tierra. El cacique se levantó solo, y con palabras que parecían de amenazas los hizo volver á la canoa y les echaba agua, y tomaba piedras de la playa y las echaba en el agua, y despues que ya todos con mucha obediencia se pusieron y embarcaron en la canoa, él tomó una piedra y la puso á la mano á mi alguacil para que les tirase, al cual yo había enviado á tierra, y al escribano y á otros por ver si traían algo que aprovechase, y el alguacil no les quiso tirar. Allí mostró mucho aquel cacique que se favorecía con el Almirante. La canoa se fué luego y dijeron al Almirante despues de ida que en la *Tortuga* había más oro que en la *Isla Española*, porque es más cerca de Baneque. Dijo el Almirante que creía que en aquella *Isla Española* ni en la *Tortuga*

hubiese minas de oro sino que lo traían de Baneque, y que traen poco, porque no tienen aquellos que dar por ello, y aquella tierra es tan gruesa que no ha menester que trabajen mucho para sustentarse ni para vestirse como anden desnudos. Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que nuestro Señor le había de mostrar donde nasce el oro. Tenía nueva que de allí al Baneque (1) había cuatro jornadas que podrían ser 30 ó 40 leguas, que en un día de buen tiempo se podían andar.

Martes 18 de Diciembre.

Estovo en aquella playa surto este día porque no había viento y también porque había el cacique que había de traer oro, no porque tuviese en mucho el Almirante el oro (diz que) que podía traer, pues allí no había minas, sino por saber mejor de donde lo traían. Luego en amaneciendo mandó ataviar la nao y la carabela de armas y banderas por la fiesta que era este día de sancta María de la O, ó conmemoracion de la Anunciacion: tiráronse muchos tiros de lombardas, y el Rey de aquella *Isla Española* (dice el Almirante) había madrugado de su casa que debía de distar cinco leguas de allí (2) segun pudo juzgar, y llegó á hora de tercia á aquella poblacion, donde ya estaban algunos de la nao que el Almirante había enviado para ver si venía oro, los cuales dijeron que venían con el Rey más de 200 hombres, y que lo traían en unas andas cuatro hombres, y era mozo como arriba se dijo. Hoy estando el Almirante comiendo debajo del castillo, llegó á la nao con toda su gente. Y dice el Almirante á los Reyes: «Sin duda pareciera bien á vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. El así como entró en la nao halló que estaba comiendo á la mesa debajo del castillo de popa, y él á buen andar se vino á sentar á par de mí, y no me quiso dar lugar que yo me saliese á él ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé que él tenía á bien de comer de nuestras viandas: mandé luego traerle cosas que él comiese. Y cuando entró debajo del castillo hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor priesa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se asentaron á sus piés, y de las viandas que yo le puse delante tomaba de cada una tanto como se tomó para hacer la salva, y despues luego lo demás enviábalo á los suyos,

(1) «Nunca este Baveque pareció: por ventura era la Isla de Jamáica.» Casas.

(2) Era el pueblo de lo interior llamado en el día *Gros Morne*, distante cuatro leguas del *Puerto de Paz*, en donde estaba fondeado el Almirante.

»y todos comían della, y así hizo en el beber, que solamente llegaba á la boca, y despues así lo daba á los otros, y todo con un estado maravilloso, y muy pocas palabras, y aquellas que él decía, segun yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban á la boca y hablaban por él y con él, y con mucho acatamiento. Despues de comido un escudero traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que de otra obra, que él tomó y me lo dió, y dos pedazos de oro labrado que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco del, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nace, y hay mucho. Yo víde que le agradaba un arambel que yo tenía sobre mi cama; yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo, y unos zapatos colorados, y una almatraja de agua de azahar, de que quedó tan contento que fué maravilla, y él y su ayo, y consejeros llevan grande pesar porque no me entendían ni yo á ellos. Con todo le cognoscí que me dijo que si me cumpliese algo de aquí que toda la isla estaba á mi mandar. Yo envié por unas cuentas mias adonde por un señal tengo un excelente de oro (1) en que están esculpidos vuestras Altezas, y se lo amostré, y le dije otra vez como ayer que vuestras Altezas mandaban y señoreaban todo lo mejor del mundo, y que no habían tan grandes Príncipes; y les mostré las banderas reales y las otras de la cruz, de que él tuvo en mucho; y que grandes señores serían vuestras Altezas, decía él contra sus consejeros, pues de tan lejos y del cielo me habían enviado hasta aquí sin miedo; y otras cosas muchas se pasaron que yo no entendía, salvo que bien vía que todo tenía á grande maravilla.» Despues que ya fué tarde y él se quiso ir, el Almirante le envió en la barca muy honradamente, y hizo tirar muchas lombardas, y puesto en tierra subió en sus andas y se fué con sus más de 200 hombres, y á su hijo le llevaban atrás en los hombros de un indio, hombre muy honrado. A todos los marineros y gente de los navios donde quiera que los topaba les mandaba dar de comer y hacer mucha honra. Dijo un marinero que lo había topado en el camino y visto que todas las cosas que le había dado el Almirante, y cada una dellas llevaba delante del Rey un hombre, á lo que parecía de los más honrados. Iba su hijo atrás del Rey buen rato, con tanta compañía de gente como él, y otro tanto un hermano del mismo Rey, salvo que iba el hermano á pié y llevábalo del brazo dos hombres honrados. Este vino á la nao despues del Rey, al cual dió el Almirante algunas cosas de los dichos rescates, y allí supo el Almirante que al Rey llamaban en su lengua *Cacique*. En este día se resgató diz que poco oro; pero supo el Almirante de un hombre viejo que había muchas islas comarcanas á 100 leguas y más, segun pudo entender, en las cuales nasce muy mucho oro, y en las otras, hasta decirle que había isla que era todo oro,

(1) «Este excelente era moneda que valía dos castellanos.» Casas.